

#0 - 021 LIMITED EDITION

SUPER DIMENSIONAL TERROR



32 PÁGINAS DE TERROR, FANTASÍA Y ALUCINE QUE LE DEJARÁN SIN ALIENTO.

Ayuntamiento de Madrid

Impreso en Madrid, en octubre del año de nuestro señor Jesucristo MMXXII.
Ayuntamiento de Madrid

SUPER DIMENSIONAL TERROR

ESCRITO, DISEÑADO Y DIBUJADO
POR:
PENNY MELGAREJO

AGRADECIMIENTO ESPECIAL A IVÁN QUIROGA POR LA EDICIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTO.
Ayuntamiento de Madrid



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN página 5 **LA ÚLTIMA NOCHE** página 6

EL ESTUDIANTE DE MEDICINA página 8

EL FALSO GÓLGOTA página 16

EL ÚLTIMO ENEMIGO DE ARDUN SORCHA página 18

LA ÚLTIMA VOLUNTAD DEL FÜHRER página 20

EL LIBRO DE ORSUS página 26 **AFTERWORD** página 30

Por Iván Quiroga «Peroni»

La obra que tienes entre las manos es el resultado de una mala noche. Una noche de sudor frío, de agitación, de respiración convulsa, de terrible coherencia en el mundo de los sueños y desconcertante locura al despertar. Es, en definitiva, una pesadilla.

Conocí a Penny Melgarejo en un bar de la vieja Barcelona. Él estaba sentado en una mesa solitaria, y sus ojos parecían perdidos en el contenido de la taza de café que removía con la cucharilla. Esperé un instante antes de saludarle y fundirnos en un abrazo. Mientras hablábamos de su viaje y de proyectos pasados y futuros, no podía parar de pensar en el Penny silencioso e hipnotizado en la espiral de café, y que contrastaba tanto con el Penny sonriente y locuaz que tenía en frente. Tuve que contenerme varias veces para no detener la charla y preguntarle: «¿En qué pensabas antes de que llegara, Penny?». Sin embargo, solo hay que echar un vistazo a su obra para descubrir lo fútil de esa pregunta.

Preguntarle a Penny sobre lo que piensa es como preguntarle a alguien que se sobresaleta en plena noche a causa de una pesadilla. Quizá pueda construir una imagen traída del mismo infierno; articular quizá una escena desasosegante que corta el aliento; pero lejos, lejos de la vívida experiencia de las pesadillas.

Penny ha cabalgado bajo la tormenta, ha huido de los muertos a través de asepticos pasillos de luz parpadeante, ha vestido la piel de Arduin Sorcha, ha disparado contra un Führer regresado del infierno y ha soñado con arañas plateadas y santos que entonan blasfemias. Ha vivido todo eso y ha regresado. Y no, no se puede explicar. Deberás sumergirte en su dibujo excesivo, intrincado y avasallador; y en sus palabras, premonición de dolor y muerte. Sin embargo, hazlo con precaución. Yo no lo hice así, y a veces me descubrí hipnotizado frente a una espiral de café, o me desperté de un salto en mitad de la noche.



La noche consumía todo a su alrededor, excepto ese pequeño sendero en el camino que llevaba a ningún sitio conocido. Los relámpagos iluminaban el escenario cada poco tiempo, el necesario para poder seguir adelante casi completamente a ciegas.

Los truenos retumbaban como los tambores de guerra de los dioses, preparados para la batalla final. Mientras tanto, la lluvia golpeaba la cara de jinete y jamego con tanta fuerza que las gotas parecían golpes de pequeños guijarros. El viento era tan intenso que aullaba en la noche, helando el corazón del más bravo de los guerreros de Hull, e invitando a pensar que todo se trataba de una horrible pesadilla. Veizla creía que despertaría en la gran llanura de Kudnor bajo un brillante día soleado. Pero no iba a ser así.

El mundo había llegado a su fin, y con él, todas las cosas vivas. El estruendo del titánico temporal seguía de cerca a Veizla, y por más que azuzaba al noble Nero, el corcel no era capaz de ir más raudo. El cansancio había hecho mella en ambos, haciéndoles también presas del pánico y la fatiga. Y a cada paso que daban, con cada salpicadura de los charcos embarrados y crujido de los árboles que les envolvían, seguían escuchando el atronador sonido cada vez más cerca.

Fue en ese mismo instante en el que Veizla cayó en la cuenta de que, a pesar de escuchar la gran tronada, no había visto relámpago alguno en estos últimos minutos. Caviló a toda velocidad. No eran truenos. Lo que escuchaba a su alrededor era algo muchísimo peor y le seguía de

cerca, tan pegado que podía notar su fétido aliento en la nuca. Haciendo acopio de valentía mientras agitaba las piernas para que Nero no frenase en su carrera, Veizla decidió girar la cabeza y mirar hacia atrás. Un relámpago surcó el cielo de este a oeste, arañando el propio velo del plano existencial e iluminando todo a su alrededor. Allí les vio. Una vil horda de podredumbre salida del más terrorífico de los retorcidos infiernos le seguía a menos de veinte pasos.

La silueta de un enjambre de soldados de las tropas de la muerte había puesto su hedionda mirada en él, y no había ningún sitio donde esconderse. El camino se comenzaba a abrir, con lo que ya era tarde para poder darles esquinazo. Los alaridos y el retumbar de las bestias a las que montaban los humanoides se elevaban por encima de los sonidos de la gran tormenta que engullía los alrededores. Y entonces Veizla la vio.

En medio de una gran explanada, a menos de mil pasos, se erguía tenebrosamente una gran y majestuosa torre, estrecha en su base, con un gran cráneo tallado en piedra en lo alto del torreón superior, y con un oscuro brillo de hechicería que invitaba a salir corriendo antes de acercarse allí; sin embargo, ya no había opción de detenerse. La única oportunidad de no caer en las garras de sus perseguidores era llegar hasta la tétrica construcción. Cuando se acercó lo suficiente, vio como tres colosos esqueléticos y esculpidos en basalto señalaban con sus dedos hacia la entrada de la construcción. Veizla notó que los soldados habían cesado en su persecución, observándole desde una posición alejada como un depredador a su presa. Miró hacia el gran portón al que señalaban las huesudas estatuas y vio su única opción. Bajó de su corcel, empujó con ambas manos el gran portón que, con un crujido semejante a algún tipo de lengua arcaica, se abrió ante él, dejando entrever un lóbrego recibidor. Tomó aire, se armó de valor, acarició a Nero, sujetó sus riendas, y ambos se adentraron en la turbadora edificación.

Una vez se cerró la puerta, nadie volvió a verlos.

El Estudiante de Medicina

WITH A SHARP
KNIFE
CUT DEEPLY INTO THE
MIDDLE FINGER OF
LEFT HAND
EAT THE PAIN

Ayuntamiento de Madrid

* En su libro sobre el carácter, la vida, y los escritos de Diógenes, Plutarco escribió que los antiguos griegos creían que comer la carne de tu enemigo muerto convertiría la sangre en un nuevo cuerpo.

«Dios no existe, por lo que tiene que haber algún razonamiento lógico para esto».

Llevaba repitiendo esa frase en voz alta una y otra vez, sin encontrar ningún tipo de respuesta. ¿Plegarias? Claro. ¿A quién? Explicaciones. ¿A quién? Tengo que reconocerlo. Estoy solo en esto ahora mismo y, por más que quiera, no alcanzo ninguna respuesta lógica. Solo hay golpes. Esos golpes que taladran mi cabeza cada vez que suenan.

Miro alrededor e intento tranquilizarme. Me vendría bien un cigarrillo, pero me fumé el último hará cuarenta minutos o más. Prefiero no pensar en ello, pero necesito algo que me ayude a salir de este atolladero en el que estoy metido. La habitación está completamente patas arriba, evidentemente por mi estado de nervios de hace cuatro horas. La sala de la muerte, como llamamos cariñosamente a este cubículo que tiene tanta mierda alrededor, está tan desordenado que si el director del Hospital General lo viese, tendría que utilizar un desfibrilador por el serio ataque que le entraría. Era un gilipollas al fin y al cabo, pero ahora tendría razón. Los armarios estaban abiertos y los cajones tirados por el suelo. Vendas, gasas, agujas y jeringas esparcidas en un gran caos que nadie en su sano juicio debería permitir. Pero el único que puede decir algo sobre ello soy yo, ya que he sido el artífice de que esté así. Y de que la puerta esté cerrada con el pestillo interior, la llave echada y un armario que pesará unos setenta kilos apoyado contra ella. El equipo quirúrgico estaba desplazado debido a un golpe que le propiné, aunque encima del carrito no había nada. De lo contrario, estaría todo a saber dónde. Las herramientas colocadas cerca de la mesa de entomología forense estaban apartadas y, sin darme cuenta, caí en que un bisturí estaba en mi mano desde que me había parapetado allí. Otro golpe en la puerta.

—¡Vete a tomar por el culo! Deja de golpear de una puta vez —grité. Entonces los golpes se sucedieron más deprisa y yo di una vuelta sobre la mesa de operaciones—. Joder, lo que daría por un cigarrillo o por

una respuesta a toda esta mierda —di je—. Creo que esa puerta va a ceder en algún momento.

Aparto de un puntapié dos cubos y voy hacia el pequeño grifo, accionando el pulsador y llenando las manos con un poco de agua que rápidamente estrello contra mi cara. Necesito estar completamente lúcido en este momento, de lo contrario voy a enloquecer. Me pongo en cuclillas en la esquina más alejada de la puerta, intentando no hacer más ruido del necesario, y entonces reparo en la puerta que separa la sala forense del despacho del despacho de la Doctora Ferguson. Joder, podría derribarla y así burlar al desgraciado que está al otro lado. De repente me doy cuenta. Es lo más lógico, pero no había caído en ello porque estaba asustado: ¿el individuo de detrás de la puerta de la sala que da golpes no lo había pensado? Tras cuatro horas aquí no se había dado por vencido, pero no había hecho lo más lógico: acceder por la otra sala que conecta con esta. Eso y su aspecto me hicieron pensar que era un enajenado. Estaba loco, pero no razonaba con la coherencia de las personas despiertas. Si se hubiese lanzado contra la puerta tantas veces como golpes había dado con los brazos y las piernas, habría atravesado siete como esa. No entiendo lo que pasa aquí, tengo que razonar, encontrar una explicación.

—Dios no existe, solo puedo confiar en la lógica —Vuelvo a decir en alto. Esto hace que quien está detrás de la puerta vuelva a golpear más repetidamente. Entonces caigo. El enajenado se vuelve más violento cada vez que escucha ruido dentro. Bien. Tenemos a alguien, posiblemente loco o drogado, quizá ambas cosas, que ha matado a dos personas que yo sepa, que tiene la paciencia del santo, que cada vez que escucha algún ruido dentro y sobre todo mi voz, se embrutece más, y que carece del sentido de la lógica por completo, o eso me lleva a deducir la situación. Tengo que repasar mi próximo movimiento. Tengo un arma para defenderme de él. Bisturí. No es mucho, pero no tengo donde elegir, a no ser que pueda meter unos tranquilizantes dentro de una jeringa y pincharle, pero aquí no dispongo de ellos, con lo cual solamente podría pincharle. Me quedo con mi bisturí. Piensa. Después

de cuatro horas, de escuchar gritos y de que ese hombre me persiguiese incansable tras golpear a una enfermera y a un doctor tirándoles al suelo lleno de sangre, este paciente, porque llevaba un batín de paciente, arremete contra mí y en esas cuatro horas no se mueve del sitio. ¿Dónde está la seguridad? Son las diez de la mañana, han pasado cuatro horas, joder. Debo pensar entonces que no hay nadie en la planta, y que probablemente no hay nadie en todo el hospital. ¿Dónde coño está todo el mundo? No tiene ningún sentido. Tengo que conseguir moverme y, sobre todo, información. Aquí está pasando algo muy extraño y debo saber que es.

Lo que más vueltas da por mi cabeza, aparte de querer salir, es la sensación claustrofóbica que estoy experimentando. Su mirada. La vi solo un momento, pero esa mirada... sus ojos... Las córneas estaban completamente opacas, pero sin embargo me veía. ¿Por qué? Un escalofrío recorre mi espalda mientras pienso en la respuesta. No puede ser. No puede ser. Tampoco ha dicho una sola palabra. Extraño. Me levanto y esquivo uno de los cubos de jando la mesa de operaciones a mi derecha, y avanzo hacia la puerta. El intervalo de golpes ha cesado desde hace unos minutos. Tengo que escuchar algo, hacer algo. Avanzo sigilosamente para evitar que pueda escucharme y pongo la mano en la puerta; el tacto de madera en el hueco que queda libre debido al armario que está apoyado contra ella me da escalofríos. O tal vez no es la madera, tal vez es lo que hay fuera. Acerco la cabeza poco a poco en el pequeño espacio que hay y pego la oreja. No se oye nada. ¿Se habrá ido? Si sigue así unos minutos más podría intentar salir y bajar por las escaleras de emergencia hasta la calle. Seguro que abajo están todos mis compañeros y hay un cordón policial. Estoy empezando a pensar que este tío podría ser un terrorista que ha tomado el hospital, aunque me creo que más bien parece ser un yonki, y por eso estaba con el batín y tenía esos ojos. No. No puede ser.

—¡Joder! —grito. El puto golpe en la puerta casi me mata del susto. El cabrón sabía que estaba aquí. Miro y me doy cuenta que instintivamente que he retrocedido metro y medio. Me siento en el

carrito. — Joder — Vuelvo a decir en alto. El yonki, enajenado, loco, asesino o lo que sea, está igual de histérico que hace media hora. De repente lo veo claro y hablo conmigo mismo: «Este es el momento». Desde la puerta salgo corriendo hacia la entrada donde conectan las dos habitaciones. Las bisagras están por el otro lado, así que la puerta que une ambas estancias debería ceder hacia el fondo. Mi cuerpo, de apenas sesenta y cinco kilos, se eleva medio metro antes de impactar con la puerta. Mientras estoy en el aire cierro los ojos, lo siguiente que siento es el choque contra la puerta que se abre de golpe, y mi caída al suelo. El sujeto que se encuentra fuera de la sala en la que me encontraba hace unos segundos golpea más rápido. Una sonrisa se dibuja en mis labios, borrándose instantáneamente al pensar que la puerta de este despacho podría estar abierta, de jando paso a mi perseguidor, lo cual no me dejaría ningún tipo de opción de huida. Me levanto como puedo y me doy cuenta de que mi hombro debe estar dislocado. Una punzada de dolor me atraviesa el brazo mientras vuelvo a erguirme y voy corriendo para cerrar el pestillo.

La luz del mediodía baña la habitación por la amplia ventana que está justo enfrente de la entrada que debo asegurar. A trompicones llego hasta la puerta. Veo horrorizado que está empezando a abrirse lentamente. Lanzo mi cuerpo contra ella como puedo y la cierro de golpe, lo que atenúa todavía más ese dolor que siento en el hombro. No puedo evitar soltar un quejido porque si antes lo tenía dislocado, ahora me vale para bailar a la comba. Los golpes comienzan a repetirse y rápidamente echo el pestillo de seguridad, cayendo en la cuenta de que mi nuca está apoyada contra un cristal transparente y grueso, por el que puedes ver lo que hay fuera, pero también pueden ver a quien está dentro. El miedo se empieza a apoderar de mí, mientras los puñetazos y las patadas se suceden con una percusión constante tras de mí. Quiero separarme y no mirar, no mirar al individuo. No quiero ver esos ojos de nuevo. Los puñetazos cada vez son más fuertes. Entonces entiendo que no solo hay una persona golpeando. Hay más de una. Voy bajando lentamente y noto como mi nuca pasa del frío del cristal al tacto de la madera, y me siento en el

suelo con la espalda apoyada contra la puerta mientras sigue sonando el estruendo. Debo mirar a través del ventanuco, pero no puedo, estoy aterrado.

La razón y la lógica tiene que vencer a los sinsentidos. No debo quedarme sentado muerto de miedo. No puedo permitir que esta sensación que me invade ahora mismo tome control de mi mente y cuerpo. Tengo que pensar como lo que soy: un científico. Bueno, al menos es lo que seré algún día, cuando pasen unos años. No voy a dejar que el miedo me venza. Voy a razonar sobre esta situación y lograré largarme de aquí, pase lo que pase.

En un movimiento que se me hace eterno, fin de la historia. Me levanto y me enfrento a lo que está esperándome fuera. No doy crédito. Su cara desencajada, la mandíbula llena de sangre seca, me observa con esos ojos inertes. No son los ojos de alguien drogado, no. Son los ojos de alguien que ha fallecido y, sin embargo, me enseña la dentadura con una mirada a medio camino entre el odio y el ansia, entreviendo trozos de lo que parece ser comida. Tiene heridas abiertas en todo el rostro, y el cuero cabelludo levantado, arrancado de raíz. Mientras miro a los lados en el momento en el que ha dejado de golpear para observarme, me doy cuenta de que los pasillos están vacíos, salvo por algún que otro paciente que se mueve con lentitud. Aquí ha pasado algo que ha escapado al razonamiento general. ¿Puede haber sido alguna virulencia descontrolada? ¿Un ataque biológico de cualquier enemigo del país? No entiendo nada, solamente que los cuerpos que pululan por los pasillos han fijado su mirada en la entrada a la habitación y, con una especie de gruñido y alzando sus brazos, comienzan a acercarse cada vez más.

Mi primer perseguidor parece enfurecerse y empieza a respirar, si es que se le puede llamar así, entrecortadamente. Un puñetazo al cristal que separa nuestros cuerpos rompe en mil pedazos el vidrio, dejando pasar una podrida extremidad que intenta alcanzarme. Me lanzo hacia atrás, sopesando qué hacer. Volver a la habitación anterior sería un suicidio, así que decido ir a mirar por la gran ventana del despacho.

Bordeo el escritorio mientras truenos de impactos resuenan a mi espalda y sobre la endeble puerta de entrada. Abro el ventanal, al tiempo que giro mi cabeza hacia los lados para localizar algo con lo que poder defenderme. Nada. Papeles, bolígrafos, fotografías de familiares de la vieja doctora Ferguson. ¿Que habrá sido de la doctora? ¿Estará atrapada como yo, luchando por su vida contra un enjambre de lunáticos hijos de perra? Espero que esté en su casa viendo las noticias; pero la realidad es que probablemente sea un puto cadáver o, peor aún, alguien infectado como los pobres desgraciados de ahí fuera. Sea como sea, me quedo con los ojos completamente abiertos y mente en blanco, cuando escucho un sonido roto por la megafonía del hospital. Los golpes cesan. Alguien va a hablar:

—Por favor, escuchad atentamente. Desconozco si queda alguien con vida en el hospital, pero si es así, intentad llegar a la salida de ambulancias. Bajo ningún concepto os acerquéis a las personas infectadas, repito, aunque sean conocidos, no os acerquéis a ellos. Ya no son los mismos con los que tratábais anteriormente. Estoy con tres compañeras más y vamos a salir en unos minutos. Si queda alguien, por favor, id hacia la salida de ambulancias y buscadme. Soy la traumatóloga de guardia, Veizla Pearson. Mucha suerte y que el señor esté de vuestro lado.

Joder, lo sabía, estaba seguro de que esto tenía algún tipo de explicación lógica. Están infectados con algún tipo de mierda que a saber quién ha soltado o por qué. Está claro, tengo que salir de aquí y reunirme con la doctora Pearson para salir de esta basura de situación. «Que el señor esté de vuestro lado dice» —pensé. El señor no ha hecho una mierda para evitar esta calamidad.

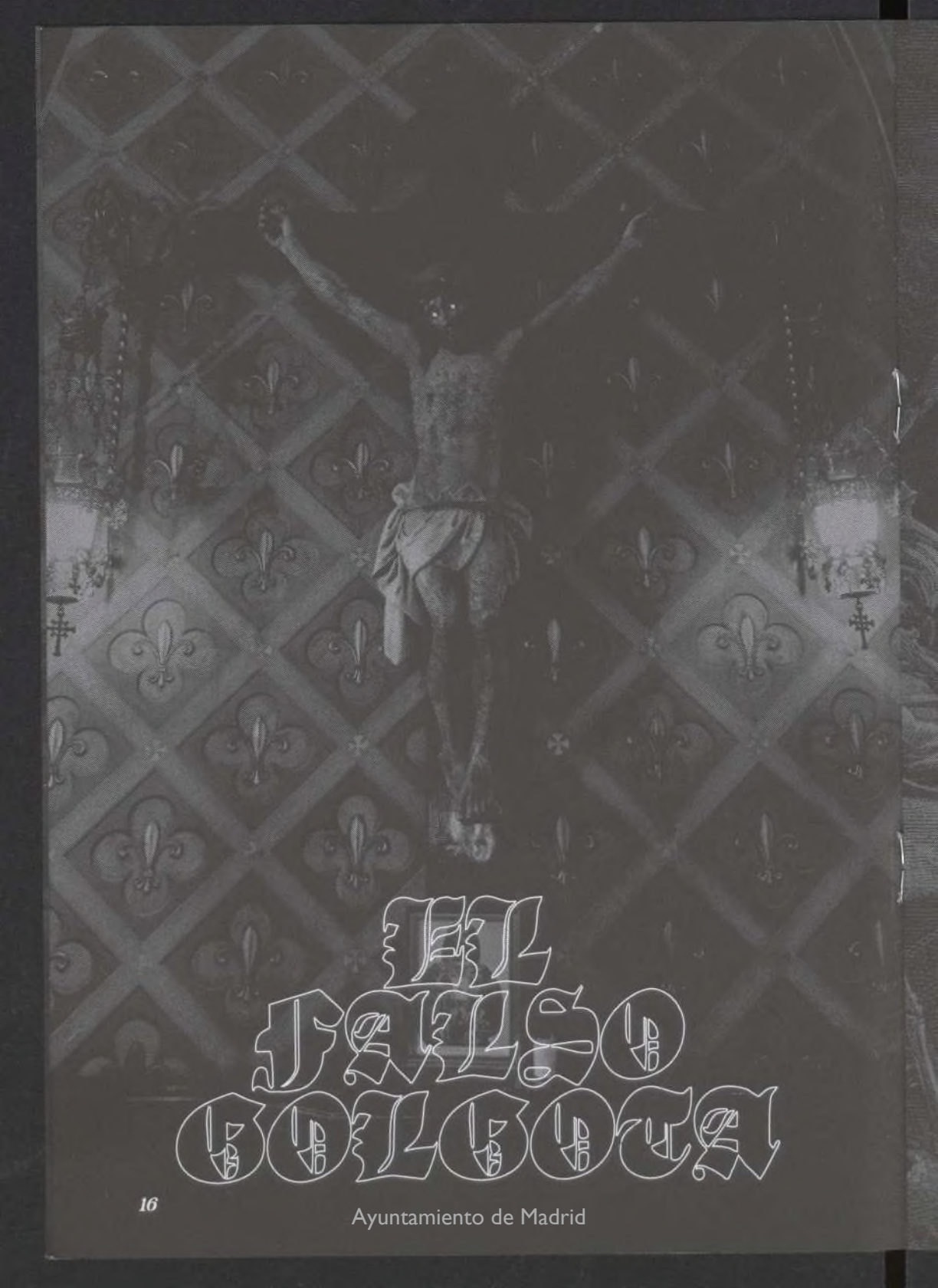
En este mismo instante, los golpes comenzaron a sucederse con más intensidad. Miré hacia atrás, notando horrorizado como la puerta se curvaba adelante y atrás. Era cuestión de minutos, tal vez de segundos, que la entrada cediese y que todos esos cabrones entrasen para acabar conmigo. Abrí la ventana mientras sonreía, sabiendo que,

gracias a los alféizares del hospital, podría ir con cuidado hasta la ventana de servicio adyacente a esta oficina, y que desde allí podría acceder al interior que interconectaba con la salida a la escalera de incendios, y cuyo cerrojo estaba cerrado con llave. Una llave como la que llevaba en el bolsillo. «Aquí estás amor» dije en alto. Antes de salir por la ventana no pude evitar ver más allá: en la carretera principal, dos edificios y una gasolinera estaban ardiendo. Algunos pequeños grupos de gente corrían de un lado a otro, perseguidos mientras a lo lejos sonaban disparos y explosiones. ¿Qué mierda estaba ocurriendo? Me dio lo mismo, ya que mi único objetivo era salir de ese puto hospital en ambulancia, y disponía de poco tiempo antes de que se largasen pitando y me dejasen tirado. No sois más listos que yo: tal vez no sepa qué razonamiento tiene el que estéis en este estado, pero, capullos de ojos trucutruco, joderos, soy mejor que vosotros y voy a salir por esta puta ventana hacia la libertad.

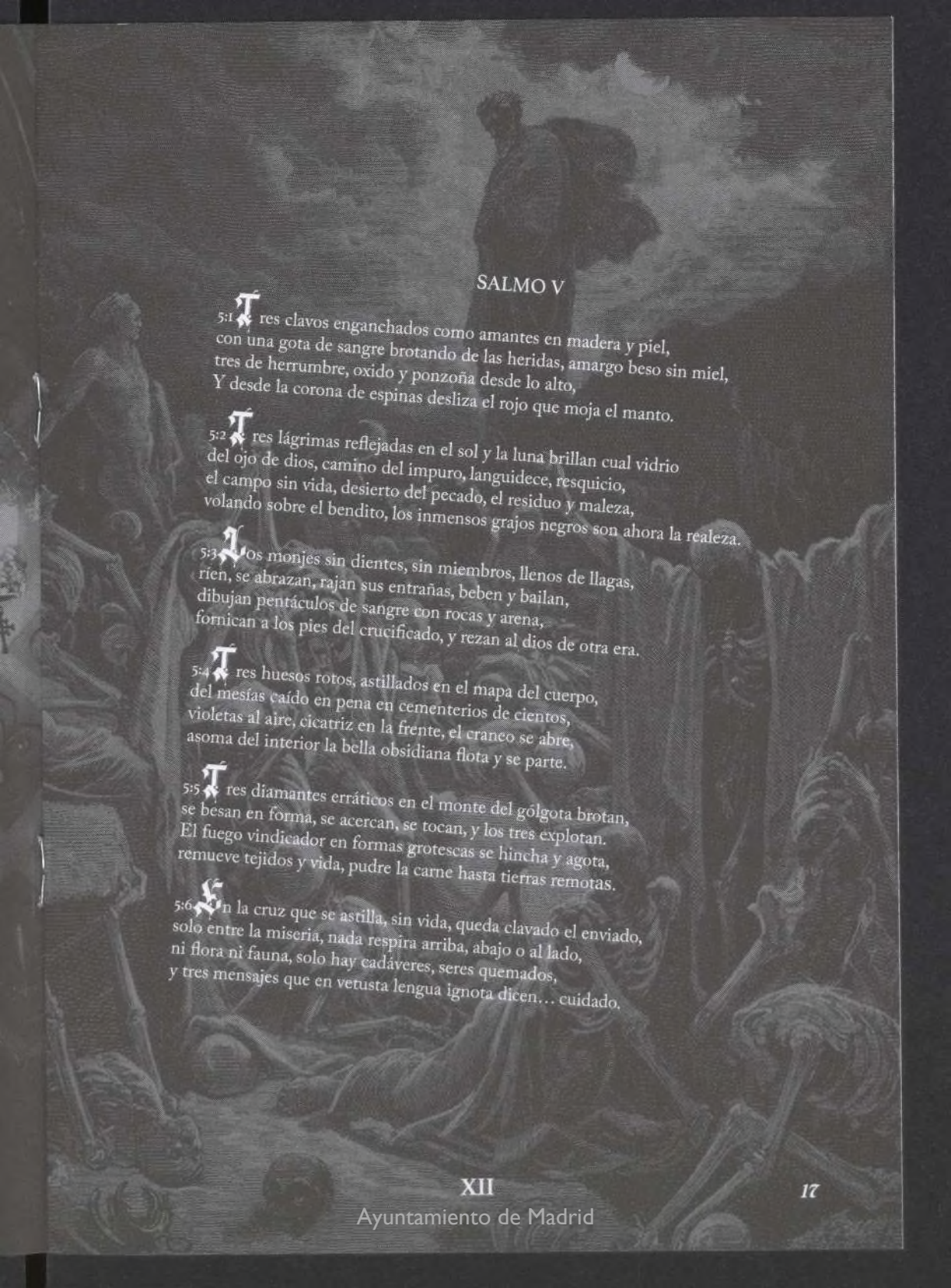
Mis ojos se quedaron en un estado completamente vidrioso. No me lo podía creer. Miré con cara de estúpido hacia abajo. No podía ser, pero era así. No había alféizar. Estaba en una puta planta del hospital impar que no tenía ningún tipo de saliente por los que poder desplazarme. Estaba en la tercera planta del hospital. Joder. De repente, un crujido. La puerta cedió vomitando hacia dentro a cuatro infectados. No me lo podía creer. Mierda de suerte. Había planeado todo en base a poder salir por ese ventanal y no había reparado en que esta planta no disponía de ninguno. Los enajenados se alzaron y pude ver que otra media docena se acercaban hacia la habitación. Mientras venían hacia mí, descubrí que no era tan listo como me creía. Con lágrimas en los ojos salté al vacío.

Intento agarrarme a algo, sin suerte. Estoy cayendo. Sonríe y pienso: «Dios no existe, por lo que tiene que haber algún razonamiento lógico para esto».





EL FALSO GOLGOTHA



SALMO V

5:1 **T**res clavos enganchados como amantes en madera y piel,
con una gota de sangre brotando de las heridas, amargo beso sin miel,
tres de herrumbre, oxido y ponzoña desde lo alto,
Y desde la corona de espinas desliza el rojo que moja el manto.

5:2 **T**res lágrimas reflejadas en el sol y la luna brillan cual vidrio
del ojo de dios, camino del impuro, languidece, resquicio,
el campo sin vida, desierto del pecado, el residuo y maleza,
volando sobre el bendito, los inmensos grajos negros son ahora la realeza.

5:3 **L**os monjes sin dientes, sin miembros, llenos de llagas,
rien, se abrazan, rajan sus entrañas, beben y bailan,
dibujan pentáculos de sangre con rocas y arena,
fornican a los pies del crucificado, y rezan al dios de otra era.

5:4 **T**res huesos rotos, astillados en el mapa del cuerpo,
del mesías caído en pena en cementerios de cientos,
violetas al aire, cicatriz en la frente, el cráneo se abre,
asoma del interior la bella obsidiana flota y se parte.

5:5 **T**res diamantes erráticos en el monte del gólgota brotan,
se besan en forma, se acercan, se tocan, y los tres explotan.
El fuego vindicador en formas grotescas se hincha y agota,
remueve tejidos y vida, pudre la carne hasta tierras remotas.

5:6 **E**n la cruz que se astilla, sin vida, queda clavado el enviado,
solo entre la miseria, nada respira arriba, abajo o al lado,
ni flora ni fauna, solo hay cadáveres, seres quemados,
y tres mensajes que en vetusta lengua ignota dicen... cuidado.



EL ÚLTIMO ENEMIGO DE ARDUN

SORCHA



Durante cientos de años, yo, Aek Glor, he combatido sin cesar en todos los conflictos del viejo mundo. En belicismo me crie y de magia me imbuí.

Desde joven, mi aldea natal, Hull, hogar de los Solaris, situada en el valle de Quan Kel, ha sido la cuna de los más salvajes y bravos guerreros de todo el páramo. Hasta que llegaron los Impuros.

Una brecha en la realidad oscura hizo que los Impuros penetrasen en nuestro mundo, arrasando todo lo que encontraban a su alrededor. Su naturaleza mutante, su habilidad en la guerra y su capacidad de adaptación, hicieron que su puño de hierro inclinase hasta al más osado.

Mi aldea fue alimento de las llamas y mis congéneres pasto de los gusanos. A duras penas, yo pude escapar.

Desde entonces no conocí más que el sufrimiento y la agonía, me alimenté del odio y de la rabia. No conocí otro sentimiento.

Ya en mi edad dorada, fui reclutado por el hechicero Ardun Sorchá, para combatir a los impuros. Nada me reconfortaría más que acabar con los que me convirtieron en un guerrero errante, solitario y sin patria.

Ardun Sorchá abrió los trece sellos mediante los más salvajes rituales, y, con ello, buscó el guerrero perfecto en mí. Los dioses primigenios le concedieron el poder del diamante del impío. Un diamante negro imbuido en la esencia de los antiguos que se incrustó en mi frente y me confirió vida eterna, aumentando mis ya logradas habilidades del arte de la guerra.

Bajo el mandato de Ardun Sorchá acabé con los Impuros. Y después de los impuros acabé con los Elfos de Arlin Ocra. Y con los Urgn del norte, y con Los Altos humanos del océano, y con Las tribus del sagrario. El mandato de Ardun Sorchá era implacable, y mediante su hechicería oscura él también burlaba a la muerte.

Fue en la tribu de los halcones rojos cuando mi espada frenó. En los cientos de años que estuve a las órdenes de Ardun Sorchá no conocí nada más que la destrucción. Pero en aquel

momento, mi mano fue frenada por la bella Idra. Con el fuego en su mirada y una larga melena escarlata, hizo que conociese el amor por primera vez y que cuestionase a mi alto señor. Fue por Idra por quien me oculte en las sombras y dejé de matar.

Poco tiempo después de mi traición, Idra fue secuestrada en los bosques de Ard. La busqué donde pensé que podrían haberla raptado. Donde moraban las huestes de Ardun Sorcha. Jamás la localicé, hasta que un día, en uno de los cubiles, descubrí una pila de cadáveres quemados y desfigurados, y reconocí a mi amada por el collar de huesos que llevaba. Juré venganza. No pararía hasta ejecutar a mi antiguo señor.

Tras muchas muertes buscando al hechicero, la joya de mi frente comenzó a vibrar de una manera como no lo había hecho jamás. Hacía que mi mente se retorciese en un dolor indescriptible. Noté que Ardun Sorcha había vuelto a invocar a los primigenios y había un nuevo diamante oscuro. Sabía que debía acabar con la vida de este nuevo inmortal y su gema, o la mía acabaría conmigo. Las oscuras piedras preciosas se llamaban entre sí. Se reconocían. Sabían dónde estaban. Querían eliminarse la una a la otra.

Fui hasta las tierras oscuras del Raxarik. Allí vislumbré al odioso mago que robó la vida de mi amada, sentado al lado de su nuevo sicario. La frente del guerrero a su lado brillaba con el diamante sediento de sangre. Mientras Ardun Sorcha sonreía, su paladín desenvainaba la espada para acabar con mi vida. Yo desenvainé la mía. Se acercó hacia mí con una silueta de mujer. Con un nuevo sentimiento que no había conocido hasta ahora, el terror, miré a la figura que me atacaba. Melena escarlata y fuego en la mirada. Su nombre era Idra"





La última voluntad del Führer.

JUAN 19:33-34 Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua.

—Queda terminantemente prohibido acceder al búnker sin algún oficial al mando. —Esa frase del sargento Oswell resonaba en los pensamientos del soldado Catawnee que, agazapado entre dos cascotes de piedra, solo miraba peligrosamente a la entrada del búnker y a la parte derecha de la calle.

Las ordenes estaban claras, más no la resolución. Era tarea complicada, pues solo podía acceder con su escuadrón en el más riguroso de los secretos, y era imperativo que el oficial al mando fuese el primero y único en entrar mientras el resto le cubrían en el exterior y, ya que el mensaje recibido llegaba del mismísimo Patton, esto iba a misa.

Así que allí estaba Catawnee, oteando desde su posición, solo para escuchar disparos seguidos de explosiones. O disparos y explosiones a la vez. Aún agachado, chequeó su equipo una vez más. Había perdido la mochila con los explosivos unos veinte metros atrás, cuando empezaron a recibir una lluvia de balas y de metralla por parte de los Kartoffel, y era completamente imposible dar la vuelta para recuperarlo si no quería ver al creador antes de que le llegase la hora. No, no podía volver atrás, así que chequeó su rifle M1 sacando el cargador y viendo cuantas balas tenía. Apenas podía contar con un par de cargadores más en su equipo. Con un movimiento rápido hizo lo mismo con su pistola. Disponía de las balas que había en el cargador que por suerte estaba lleno. «Algo es algo» pensó Catawnee.

Bien, ahora quedaba únicamente la gran debacle. Sin apoyo de ningún tipo, pues nadie salvo los altos mandos sabían que estaban allí, la frase del sargento Oswell se aparecía ante él una y otra vez. Estaba delante suyo, a unos 10 metros de la entrada del búnker, y a su izquierda, esparcidos por todo lo largo y ancho de la calle, los restos de su escuadrón, sargento y cabo incluidos. Lo más cercano que tenía era medio brazo ennegrecido y ensangrentado de lo que pensaba que podría ser el soldado James o el cabo Greenhorn. Cascos con restos encefálicos, charcos de un líquido rojo oscuro, trozos y jirones de carne y hueso plantaban el pavimento de la calle. Incluso los cascotes entre los que estaba escondido tenían restos humanos de sus compañeros y amigos. Tal vez lo que más le impresionaba de la escena era el torso desnudo sin extremidades lleno de metralla que estaba pegado a la pared, como si un gigante de proporciones bíblicas lo hubiese arrojado y hubiese quedado allí colgado. Escuchó otro disparo y notó como brotaba el polvo del impacto de la bala contra la piedra en la que estaba cubierto. Escudriñó el suelo y, en un movimiento reflejo, su mano agarró una granada de sus fallecidos compañeros. Catawnee contaba con

algo más para enfrentarse a los seis enemigos apostados juntos al búnker, sin contar que dentro del búnker hubiese más. «A la mierda las órdenes, tengo que salir de aquí de una pieza, joder» pensó el soldado. Quisiese o no, tenía que enfrentarse a sus agresores, ya que atrás el bombardeo era masivo. Imposible volver por allí. Si quería sobrevivir debía acercarse a la entrada, con oficial o sin él, puesto que tarde o temprano, aún tomando Nuremberg, todavía quedaban muchos soldados Nazis preparados para morir por el Führer y llegarían a auxiliar a los seis hijos de perra que tenía a escasos metros, y si solo uno de ellos llevaba encima explosivos, sería su fin.

¿Podía Catawnee lanzar la granada y acertar de lleno a los seis soldados? Era una posibilidad remota, pero la única posibilidad con la que contaba. Se quitó de encima todo el equipo que podía restarle velocidad de movimiento, colgó el rifle a su espalda, tocó la pistola para chequear que estaba bien colocada en la cartuchera, y entonces agarró con una mano la única granada de la que disponía mientras colaba su dedo en la anilla. Las gotas de sudor caían por su frente; lanzó una mirada rápida, se encomendó al señor Jesucristo, apretó los dientes, cerró los ojos, los volvió a abrir y se dispuso a erguirse para lanzar la granada.

De repente, un silbido rápido pasó de leve a atronador. Mientras Catawnee se levantaba sin llegar a tirar de la anilla, vio como un impacto de artillería desató una gran explosión negra y roja en toda la entrada del búnker. El humo y los cascotes volaban en todas las direcciones, y el joven se atrincheró de nuevo poniendo las manos en la cabeza, dejando caer su granada al suelo. Vio como pasaban por encima los restos, e incluso le pareció ver volando algún miembro cercenado. El polvo lo cubría todo y no podía dar crédito. Recogió su granada y la guardó, mientras observaba aún agachado. No había rastro de la entrada. Estaba todo sepultado, soldados incluidos. La artillería había disparado a ese punto, probablemente en un error de cálculo que a él le había venido de maravilla. No quedaba rastro del acceso, pero tampoco ninguna amenaza, así que se irguió y salió corriendo hacia la calle dejando al resto de su escuadrón Thunderbird atrás, pero, de repente, recordó que si eran aliados harían otro disparo en la misma zona para no dejar rastro del enemigo. Sus ojos se nublaron cuando escuchó de nuevo el silbido que provenía del cielo, y en lo que parecieron segundos, Catawnee saltó frente a otro cascote que había aparecido a escasos metros de él, proveniente del impacto anterior. Cuando tocó suelo, a escasos metros suyos, otro estallido. Otro gran grito de metal y piedra, y de nuevo llovizna de intensa metralla junto al resto de material alcanzado por la bomba. Catawnee solamente podía escuchar un zumbido. «Demasiado cerca de la explosión» pensó. «Demasiada suerte he tenido ya» se repetía.

Tras un rápido vistazo se dio cuenta de un extraño detalle. El humo estaba disipándose y veía claramente una pequeña entrada entre el pavimento y la pared. ¿Qué hacía eso ahí? No parecía parte de la edificación central. ¿Tal vez parte de algún túnel escondido que conectaba con el búnker? El soldado lo tuvo clarísimo. Era el único sitio donde encontrar cobijo. No podía fiarse de estar quieto en el lugar, ante el inminente bombardeo, y tampoco quería tentar a la suerte, por si aparecía alguna patrulla enemiga en la zona. Ese agujero, ese pequeño boquete de oscuridad que de alguna manera le gritaba «¡huye!», era el único sitio donde tal vez podría encontrar la seguridad que necesitaba para huir entrada la madrugada. Se levantó y notó un dolor punzante en su pierna izquierda. Miró y vio un

trozo de metal de un palmo de longitud, clavado en su extremidad. No podía sacarlo en aquel momento, debía intentar llegar a ese boquete y, una vez dentro, ya vería qué hacer. Cojeando, el soldado avanzaba entre un doloroso caminar y correr, con pequeñas zancadas que suponían un intenso tormento cada vez que se aproximaba. A duras penas, el militar llegó al pequeño boquete y, sin pensarlo, dejó que la oscuridad que había dentro le abrazase.



El ambiente era agobiante. Calor y humedad mezclado con una extraña neblina se apoderaba del pasillo al que había accedido el soldado. Le abrazaba, le acariciaba y se metía dentro de su cuerpo. Esa insana atmósfera que se respiraba era una gran alegoría de lo que debía sentirse a la hora de estar a punto de morir.

¡Plic! ¡plic! ¡plic! La sangre brotaba de su pierna y caía al suelo danzando con el clima mefistofélico, con esa maldad que brotaba de cada una de las grietas de los ladrillos de la construcción. Catawnee no podía ver apenas unos metros por delante suyo, a causa de la poca luz que invadía el área desde la entrada improvisada. Decidió ver si podía hacer algo para remediarlo. Llevó su mano al pantalón y sacó la linterna de la que disponía para esta misión. Era raro que se utilizasen, pero el alto mando había pensado que tal vez les sería de ayuda, y, efectivamente, así era. Encendió el aparato y la luz se adentró hacia la oscuridad, dejando ver lo que era un corredor angosto, erigido hace mucho tiempo debido al aspecto anticuado de los ladrillos que lo conformaban. Mientras seguía sangrando, decidió avanzar poco a poco, lento a causa de su herida, por lo que en su delirio empezaba a pensar que era un pasadizo al inframundo. Un destello de luz podía vislumbrarse al final y, mientras seguía hacia ella, notaba como la estructura comenzaba a retorcerse sobre sí misma. ¿Sería fruto de su imaginación o realmente el pasillo podía torcerse de esa manera con la realidad? ¿Qué ser humano podría haber concebido tal arquitectura en lo profundo de un refugio antiaéreo? ¿O tal vez se había construido el búnker alrededor de aquello? Demasiadas preguntas y solo una forma de responderlas. Seguir hacia adelante.

Todo iba volviéndose cada vez más turbio. Las formas espirales del paso habían comenzado a no tener una configuración lógica aparente. Las paredes, ahora en forma curvada, estaban húmedas, y una especie de raíces negras las rodeaban, coloreando de una manera antinatural los ladrillos. Catawnee comenzaba a pensar que no eran ni tan siquiera ladrillos. ¿Podían estar vibrando, o tal vez latiendo? Acercó la mano muy despacio hacia la pared, y notó que el líquido opaco reptaba pausadamente hacia la zona donde iba a llegar su extremidad. Rozó la piedra y desprendía calidez, pero notó como las raíces comenzaban a elevarse para tocarle y, en ese momento, se retiró a la velocidad del rayo. Ese sitio era un lugar maldito. Sacó la cruz que llevaba en su colgante, la besó y, con otra oración, siguió hacia la entrada de la que emanaba la luz.

Cuando se acercaba, vio unos símbolos en una lengua que desconocía en los laterales de lo que parecía ser una especie de columnas de roca desgastadas por el tiempo que guardaban la entrada hacia la estancia que esperaba fuese su salvación. Frenó un momento para escuchar lo que parecían ser unos gruñidos de animal. Su oído captaba pequeños ruidos de cosas cayendo al suelo y algo que parecía estar alimentándose. Podía percibirse también un tenue cántico y un sonido sacrilego como el choque

húmedo de carne contra carne. Apagó la linterna y, tratando de hacer el menor ruido posible, quitó el seguro de su pistola, la guardó de nuevo, y amartilló el rifle empuñándolo con ambas manos. Entonces, asomó la cabeza levemente por la esquina de la entrada y vio lo impensable.

La estancia de forma ovalada estaba iluminada por antorchas colgadas en la pared y todo el suelo estaba lleno de líquido oscuro junto con charcos de sangre salpicando a veces incluso las paredes, en las que veía tallados en piedra símbolos desconocidos parecidos a los de las columnas que había encontrado en la entrada, pudiendo leerse en latín únicamente en una aparente bóveda: «Clavus Domini». Las raíces negras que vio en el pasillo infernal aquí eran mucho más grandes y se elevaban hacia la cúpula en lo que recordaba a una especie de garras que daban un aspecto más amenazador aún. Sobre arcaicas vitrinas, el soldado pudo contemplar objetos dispares que no sabía qué demonios eran: una especie de corona enjoyada, brillante y bien cuidada, junto a un cráneo de lo que aparentemente era un simio de grandes proporciones; en otra vio varios libros con las cubiertas oscuras y uno separado del resto, con las tapas de algún material extraño con unos símbolos en un tipo de escritura arábiga que heló su sangre solo de mirarla. Enfrente había una gran arca cerrada sobre un pequeño altar, junto a una lanza medio quebrada con sangre seca en la punta dorada. A escasos metros se encontraba una vieja copa de madera y, justo a su diestra, una especie de dispositivo parecido a un transmisor de los que utilizaban los muchachos de la sección de descryptado de mensajes.

En medio de toda esa demencia se encontraba el horror. Lo que parecían tres figuras de aspecto humano, ataviadas con grandes túnicas de color rojizo que les cubrían desde la cabeza hasta el suelo sin dejar ver sus rostros y con coronas de espinas en sus frentes, entonaban un sutil cántico blasfemo alrededor de un altar. Uno portaba un libro abierto y los otros dos junto a la figura central llevaban grandes cetros con forma de serpiente y, sobre ellos, una pequeña piedra oscura con forma diamantina flotaba en el aire. Bajo la piedra, una figura ataviada con el traje de los altos mandos nazis estaba agachada de rodillas, moviendo sus brazos rápidamente, y abriendo carne y hueso, lanzándolo por los aires y gruñendo. Gruñendo y alimentándose. El sonido de la carne húmeda y la piel rajada, de las entrañas separadas del músculo y hueso, de los dientes hundiéndose en las vísceras y el sonido al masticar asquearon tanto al joven soldado que tuvo que contener sus ansias de vomitar. El olor a muerte y execración invadían sus fosas nasales hasta el punto de pensar que iba a desmayarse. Junto al cadáver que estaba devorando la siniestra figura había muchos más cuerpos mutilados de hombres, mujeres, niños. Algunos estaban en un gran estado de descomposición mientras que otros estaban completamente frescos, de días, incluso horas, pensó Catawnee. Todos se hallaban roídos, algunas partes adornaban la espeluznante estancia con formas grotescas y extraños motivos formados por la descomposición.

El soldado no lo pensó dos veces. Como un relámpago, ignorando el dolor de su pierna, se levantó y, desde la posición en la que estaba, apuntó a la figura que sostenía el libro y disparó varias veces impactando en pecho y cabeza. Las otras dos figuras quedaron instantáneamente petrificadas mientras el que sostenía el libro caía al suelo inerte junto al altar de piedra. Los dos sujetos saltaron los cetros y corrieron hacia el joven que volvió a disparar, primero a su agresor de la izquierda, que cayó de rodillas al suelo

para luego desplomarse hacia adelante impactando con la frente sobre la superficie. El tercer individuo fue víctima de dos disparos hasta que el fusil de Catawnee se encasquilló. Dos disparos no habían sido suficientes para eliminar a su objetivo, que se abalanzó sobre el soldado y recibió un gran culatazo del rifle en la mandíbula, y aun así cayó sobre él, y el militar tuvo que soltar su rifle mientras caía. El tipo ataviado con la túnica comenzó a estrangularle emitiendo unos sonidos parecidos a los de un animal enfermo, y el soldado, quedando sin respiración, logró alcanzar su pistola y disparó al pecho del asaltante varias veces hasta que las manos se separaron de su cuello.

Se quitó el cadáver de encima y fue en ese instante cuando la figura que estaba bajo la piedra flotante dejó de emitir sonido alguno. Tumbado en el suelo, el joven soldado observaba la escena alucinado.

El sujeto acicalado con ropa militar de alto mando alemán fue girando la cabeza con gran lentitud hacia donde estaba el soldado, y le miró con unos ojos vacíos y blancuecinos que daban la impresión de carecer de vida alguna. La cara estaba podrida, llena de pústulas, llagas y pequeñas cicatrices que dejaban entrever la propia mandíbula con trizas de órganos humanos a medio masticar. Pensando que estaba en una terrorífica pesadilla, reconoció al instante ese rostro de aun en ese estado de defenestración. Ese semblante... con ese vello facial y ese corte de pelo. Era el demonio de la guerra en persona. Se encontraba ante el mismísimo Führer, pero salido de una obra de horror dantesca en un estado fenecido, pero a la vez respirando. Las manos de Catawnee temblaban y no tenía fuerzas ni para levantarse cuando la figura del dictador se irguió emitiendo un rugido a la vez que la roca oscura vibraba cada vez más, incrustándose en la frente del demonio devorador de hombres. La carne de la frente se abrió y pequeñas hebras de material orgánico se aferraron al diamante que a su vez formó diminutos riachuelos de venas negras alrededor del rostro del Führer.

El rugido cesó, y el demonio miró amenazante al soldado aliado y acometió contra él. El joven disparó repetidas veces hasta vaciar el cargador sobre el asaltante, frenándole, pero no derribándole, y en esos segundos en los que el diablo se detuvo, el joven dejó caer su pistola y agarró la granada que aún llevaba en el pantalón, quitó la anilla y la lanzó hacia el Führer mientras gritaba —¡No! ¡Ningún fascista, vivo o muerto, será la mano que arrebaté la vida de Veizla Catawnee! —Los ojos heterocromos de Veizla vieron como la granada volaba hacia la figura del ese demonio ávido de carne humana. Una gran explosión hizo que los cimientos se tambaleasen, resquebrajando toda la bóveda, que comenzó a vomitar piedras para inundarla con toneladas de roca.

Unos días después, el alto mando norteamericano informaba que, el 30 de abril de 1945, Adolf Hitler se suicidaba en Berlín, en su Führerbunker.

Del joven soldado Veizla Catawnee, en cuya ficha de fallecimiento se indicaba que había causado baja en Nuremberg en una patrulla rutinaria, jamás se volvió a saber nada.



Artículo de Adolfo Zambor por Vomitive decomposition.

OPUS

—¿Aún sueñas con arañas plateadas y santos que entonan blasfemias?

La estancia, que parecía tener miles de kilómetros, se extendía a lo ancho, largo y alto de la figura de Veizla. Sus pies chapoteaban sobre una fina capa de líquido que parecía ser agua de color rojizo oscuro. Entretanto, Nero relinchaba detrás suyo. No había paredes. No había techo. Solo una vasta y enorme negrura pétrea y brillante, con figuras que parecían astros moviéndose de un lado a otro y, sin embargo, una frase se repetía, en ocasiones con voces infantiles, a veces de mujer adulta y otras con lo que parecían gruñidos de bestias hablando como personas. La frase sonaba por distintos puntos cardinales y, cuando comenzaba a escucharse, entrelazaba todas las voces.

—¿Aún sueñas con arañas plateadas y santos que entonan blasfemias?

Veizla no abrió la boca, pues no daba crédito a lo que estaba viendo. Esa torre erigida en mitad de un bosque maldito, debía pertenecer sin duda alguna a un hechicero o a cualquier hereje enemigo de su orden de los tribalistas del sagrario. ¿Tal vez algún vidente de los sabios de la necrópolis? Mientras avanzaba, lo único que podía ver eran algunos guijarros, piedras pequeñas o trozos de construcción que asomaban un poco del agua. Todo era caótico. ¿Qué hechicería era aquella? Se encomendaba a los dioses para que le protegiesen, pero no tenía muy claro que en ese pozo de inmundicia fuesen a hacerle algún caso.

Su rostro se reflejaba en el agua, y en ese instante un pensamiento de terror se apoderó de él. En ese flujo de rojo oscuro veía una cara, más no era su cara como la que había visto en los espejos. Su rostro en ese destello era parecido, aunque más robusto, marcado por la misma cicatriz que caía en vertical desde la ceja hasta el pómulo izquierdo, pero su pelo era largo y marrón, y en su frente podía ver incrustado un diamante de color negro, vibrante. ¿Acaso era él mismo? No. La imaginación le estaba jugando malas pasadas. Miró a su alrededor y ya no podía ver ni tan siquiera la puerta por la que había entrado. Parecía que todo estaba cambiando a su alrededor. Ahora veía figuras estelares más grandes, planetas y lunas perfectamente visibles, cada vez más cerca. De repente, un chillido acompañado de una frase.

—¿Aún sueñas con arañas plateadas y santos que entonan blasfemias?

—¿Qué significa eso? ¿Quién está hablando? ¡Muéstrate! ¡Muéstrate, te digo!».

La voz de Veizla comenzó a rebotar como un eco por todos lados. Primero a la derecha, luego arriba, abajo, izquierda. De todos los puntos cardinales a la vez. Iba subiendo de intensidad, de volumen, hasta que Nero relinchó y se alzó sobre sus dos patas traseras. El templario de los tribalistas cubrió sus oídos con las manos y se puso de rodillas con la cabeza gacha hasta que repentinamente el sonido desapareció. Levantó la vista lentamente, babeando, y con sus ojos heterocromos, miró al frente. No lo podía creer. A escasos metros, en sus narices, una especie de entrada sin puerta surgida de la nada, destellando con colores blanquecinos y amarillentos, acaba de aparecer. ¿Acaso estuvo delante todo el rato, o simplemente apareció por medio de alguna argucia mágica?

Veizla miró hacia los lados y hacia atrás, mientras se erguía y apartaba las manos de las orejas, viendo que no había nada más alrededor aparte de la puerta. Con precaución y muy lentamente, desenvainó su espada de guerra pulida en las forjas del Aggan-Rohn, y con pasos cortos dio la vuelta a la puerta que se alzaba ante él. Por la parte trasera era exactamente igual. No entendía que podía pasar, pero una cosa estaba clara: debía adentrarse por esa desesperanzadora salida.

Acarició a Nero para tranquilizarle, le sujetó con las correas que llevaba y, espada en mano, entró con decisión y temor por ese pórtico que tenía delante.

Las imágenes iban y venían, extraños carruajes con forma cilíndrica que surcaban los cielos; grandes edificaciones; gigantes con extrañas formas que rascaban los cielos; personas con raros atuendos y armas, en batallas inmensas y explosiones por todos lados; armaduras nacaradas con cascos redondos y visores reflectantes caminando por la superficie de planetas lejanos. Grandes concentraciones de personas peleando contra otras, ataviadas con trajes, cascos, escudos y porras, extrañas casas repletas de espíritus vengativos, un objeto ovalado cayendo desde un carruaje metálico volador acabando mediante una explosión con ciudades enteras, un Dios vengativo partiendo el mundo por la mitad, grandes masas de gente adorando a una cabra oscura. Y una araña plateada, una araña plateada sujeta por un santo coronado que entonaba un oscuro verso y una tonada blasfema en una lengua desconocida y muerta hace miles de años.

Veizla despertó. No había rastro de Nero. ¿Tal vez se había desmayado y el jamelgo había huido?

La estancia en la que se encontraba no podía ser más peculiar. A su alrededor veía objetos con angustiosas formas geométricas en algunos casos.

completamente imposibles de imaginar tan solo el esculpirlos. Las paredes se antojaban como una especie de mezcolanza de terror y agonía, con imágenes de humanos mezclados en una masa de huesos y pulpa, junto a otros seres con largos cuernos, cráneos de especies que no podía reconocer y cuerpos masculinos y femeninos antropomórficos en distintas posiciones antinaturales. Miembros girados, retorcidos y caras de éxtasis.

Veizla no sabía muy bien que pensar de todo aquello. Cayó en la cuenta de que esa habitación estaba iluminada por algo no natural que emanaba de una especie de focos rocosos del techo rugoso que se elevaba a una gran altura sobre él. ¿Tal vez estaba en una especie de capilla? El lugar le parecía algún tipo de santuario oscuro que no había visto jamás en todos sus años de experiencia y viajes. Fue entonces cuando vislumbró un altar al fondo de la estancia. Se incorporó y tocó el cinto para ver que su mandoble seguía en su sitio; no descartaba en tan rara situación tener que utilizar el acero. Fue acercándose a paso lento pero decidido hacia el altar, observando que había un atril formado por figuras óseas de diferentes tamaños y colores. «Hechicería» pensó Veizla. —Vil hechicería —dijo en voz baja.

Sobre el atril descansaba cerrado un libro de una extraña piel con color parecido al de la carne quemada. Sobre los lomos estriados se revelaba una especie de escritura con símbolos perteneciente a otra raza u otra cultura que el guerrero no había visto nunca pero que le parecía familiar.

Subió los peldaños uno a uno con determinación y, volviendo a mirar a su alrededor y con decisión, tomó el libro con ambas manos.

—Aún sueñas con arañas plateadas y santos que entonan blasfemias? —resonó en todo lo ancho y largo del lugar.

Abrió el libro.

Un alarido agudo sonó en cuanto abrió el tomo por la primera página. Repentinamente, el lugar entero comenzó a reconfigurar su propia arquitectura cambiando su contenido de enormes monolitos con picos astados completamente rectos que apuntaban al techo a grandiosos dólmenes de tiempos pretéritos. De paredes metálicas con figuras esféricas a terroríficas cimentaciones compuestas de huesos y restos de lo que parecía ser cadáveres. De grandes luces que centelleaban intermitentemente en millones de colores a tabiques levantados en las profundidades del más lóbrego de los océanos.

Y de repente la oscuridad. Todo el habitáculo quedó sumido en el más negro de los cielos nocturnos. Nada había en los alrededores, exceptuando el altar y el atril del libro que descansaba allí, incluso techo y paredes habían

desaparecido, dejando paso a una gran nada que consumía todo hasta donde podía llegar la vista del guerrero.

La primera página, que antes estaba completamente en blanco, ahora rebosaba de símbolos y dibujos, pero nada que pudiese entender Veizla. Fue pasando las páginas, viendo diagramas y dibujos de lo más variopinto, e incluso esbozos de criaturas primigenias. Ese libro estaba claro que no era del mundo conocido, pues el contenido que podía apreciarse era completamente insólito. Fue pasando las páginas, intentando comprender algo hasta que reconoció unos símbolos y unas siglas que le resultaron familiares. Era una antigua canción que entonaban los tenebrosos penitentes del templo de los Lirios al Alba mientras hacían arcanas mezclas de fuego con azufre.

Veizla entonó el cántico: —Una gota de sangre junto al rocío del alba, el fuego abismal para purificar el alma, aliento de azufre del oscuro sirviente, la vida del condenado tomada por el penitente, el estremecer del universo que no está solo, y al final de los tiempos el fin nos consumirá a todos.

Un sonido estremecedor hizo que el libro se cayese del atril y que el guerrero diese un paso atrás mientras el suelo negro vomitó tres piedras con una tenue forma de diamante de color oscuro como la obsidiana, pero que vibraban en sintonía como si estuviesen vivas. Unas titánicas patas peludas brotaron de la siniestra superficie, y se elevó pausadamente un gigantesco ser arácnido con pelos que se movían como si los rozase el viento, y con miles de ojos que miraban con determinación al guerrero. Una araña grande como tres castillos, de un color plateado como la más brillante de las monedas. A sus pies, un grupo de penitentes del templo de los lirios sosteniendo cetros de metro y medio de alto con forma de serpiente, y ataviados con grandes mantos rojo carmesí que llegaban de la cabeza al suelo, ocultando sus rostros y dejando a la vista solamente unas coronas de espinas, clavadas al manto y a la carne de la frente. Todos entonaban la canción que acababa de recitar Veizla. Entonces los tres diamantes estallaron y, con un gran destello, desaparecieron junto a los penitentes y la araña, para dejar en su lugar miles de millones de esferas, cada una con una imagen diferente.

El guerrero tocó una de ellas y notó como su mano podía adentrarse hacia ella. ¿Tal vez sería un portal a algún otro lugar? En cada una veía su reflejo en diferentes personas, situaciones o escenarios. ¿Era todo real?

Sus pensamientos fueron sorprendidos por el relinchar de un jamelgo en la lejanía. —¡Nero! —gritó—. ¡Eres tú! —El caballo se acercó con la gracia y la alegría de dos amigos que no se ven desde hace décadas. Veizla se subió a su montura que comenzó a trotar y ambos se adentraron entre la maraña de esferas hasta que la lejanía los consumió.

Super Dimensional Terror, ¿cómo surge esta idea? Bueno, desde siempre me gustó escribir. No soy escritor ni pretendo serlo (Una ola a todos los escritores que saben cómo hacerlo bien) pero siempre me ha gustado plasmar las ideas que han venido a mi mente en forma de palabras. Yo soy ilustrador y tatuador, así que poca tostada me voy a comer aquí, pero no lo hago por nada, no, lo hago porque me gusta, simple y llanamente. Recuerdo que cuando era pequeño no me gustaban los libros y mi tierna edad de «vete tú a saber cuántos», mi tía Visi, que era la lectora de la familia y una gran admiradora de Agatha Christie, me engañó de mala manera con una pequeña joyita que atesoraba en su estantería: El Principito. Esa mezcla de imágenes con texto me voló la cabeza literalmente y, a partir de ahí, comencé a leer sus libros. Por mis manos pasaron desde Becquer hasta Tolkien y, de repente, un día descubrí ese «En las montañas de la locura» de Lovecraft y entonces creo que comenzó mi historia de amor con todo lo oscuro y putrefacto.

Ya tenía ganas de hacer algo que uniese escritura y dibujo, así que pensé en escribir un relato ilustrado y, hablando con mi gran amigo Pablo 1880, me dijo que se quería unir a la idea, y así surgió Más Oscuro. Pero ahora quería hacer algo diferente. Yo andaba intentando saciar mi hambre del diseño y, previos consejos del titánico Tabaré Santellán y mi vieja amiga Rakkel Casais, maqueté Mycosis para Walton Wood. Ahí estaba yo, un tatuador e ilustrador metiendo el hocico en terrenos desconocidos para mí, y saliendo de mi área de confort. Pero, ¿no va de eso la vida? ¿de no vivir acomodados? ¿de vivirla y probar otras cosas? Pues eso hice. Y, de repente, decidí parir un fanzine con viejos relatos y algunos nuevos. Este proyecto, que estaba planificado para salir en 2023, de repente se vio acelerado. ¿Por qué? Dani de Omega Center contactó conmigo y me dijo que querían invitarme a un evento de fanzineros. ¿Quién era yo para decirle que no? Ahí entra mi TOC. No podía ir con las manos vacías. Ars Notoria ya había salido, así que me lie la manta a la cabeza y dije «voy a hacer un número 0 del fanzine de relatos que tenía planificado para el año que viene, y lo presento allí, de 24 páginas». Y las 24 páginas se convirtieron en 32. Y con poquitas ilustraciones, pero todo un trabajo de diseño e innovación para mí. He utilizado incluso Inteligencias Artificiales artísticas y alguna imagen de repositorio para mezclar absolutamente todo conocimiento atesorado hasta ahora. En Barcelona, tomando un café con Peronn, le hablé sobre lo que estaba escribiendo. Relatos que se interconectaban mediante el personaje Veizla, y me dio varias ideas que en una semana ¡EN UNA SEMANA! Conseguí escribir, dibujar y diseñar.

Y esta es la historia de este bebé que sostenéis en las manos. Sé que me lío mucho tanto a escribir como al hablar, pero es que tengo la sensación de que debería ser imperativo que todas las personas volásemos todo lo que llevamos dentro y lo compartiésemos con el mundo. Hay gente que no tiene la suerte de poder contar con medios para poder hacerlo, o que no se atreven. A mí, personalmente, la tenacidad, la perseverancia y el estudio de lo que desconozco, me han hecho poder seguir avanzando siempre. Y sobre todo el apoyo de los amigos. Muchos amigos.

Supongo que todo esto es lo que me ha traído aquí, y de momento no tengo intención de irme. Todavía tengo mucho que aprender y que valorar en esta vida que he elegido y que empezó por pequeños detalles como ver que un sombrero no es un sombrero, sino una serpiente que se ha comido un elefante.

Este va por mi tía Visi. Gracias por enseñarme que leer es crecer.

PENNY MELGAREJO
14 DE OCTUBRE DE 2022



Ayuntamiento de Madrid

AFTERWORD



SUPER DIMENSIONAL TERROR

AYUNTAMIENTO DE MADRID



1401851257



*"¿Aún sueñas con arañas plateadas
Y santos que entonan blasfemias?"*

Ayuntamiento de Madrid